

# EL OCASO DEL CLUB INGLÉS DEL PUERTO DE LA CRUZ

Aunque durante los últimos años ha sido sólo un pequeño club deportivo, lleno aparentemente de señores en edades más bien avanzada, habrá mucha gente que sentirán melancolía al saber que el Club Inglés (*El British Games Club*) del Puerto de la Cruz ha jugado tal vez su último partido. A finales de marzo fue obligado a dejar su rincón de casi cien años. Por esto es justo, al caer otra de esas cosas que han sido importantes piezas en el destino turístico del Puerto de la Cruz, rendirle al club un pequeño tributo por su longevo historial, tal vez desde una perspectiva inglesa.

Evidentemente era una época diferente, y posiblemente una a la que observamos con cierta nostalgia, y quizás con cierta envidia. En el Puerto de la Cruz vivían poco más de cinco mil personas. Había muy poco ruido. El antiguo Hotel Martíáñez se presentaba con mejoras sanitarias y hasta con agua caliente. Por la enorme suma de siete pesetas un intrépido viajero, y entonces es verdad que aún eran intrépidos, o distinguido turista, se podían quedar durante una noche en el Hotel Marquesa, o en el Monopol, entonces llamado Casa Zamora. Las carreteras eran caminos de tierra. Un carruaje del Puerto de la Cruz a La Orotava costaba diez pesetas. El visitante extranjero podía alquilar un burro durante una mañana por dos pesetas y media, y algo más si era uno de esos turistas ingleses con sabor a la aventura o con cierta dosis de locura científica en las venas, y que deseaban subir al Teide en pleno invierno. La luz eléctrica, un lujo de unas cuantas casas y de algunos hoteles, como el Taoro, buque insignia del turismo en la ciudad y de la isla, se generaba mediante agua procedente de Aguamansa. Naturalmente la televisión no existía ni en las peores pesadillas. Nadie tenía prisa y la amabilidad de la gente canaria destacaba en el paisaje humano. El Valle de la Orotava era de verdad aquel paraíso que ya muy pocos pueden recordar y que muchos desearían verlo como era no hace muchos años. Era un mundo ordenado, donde la prisa de las gentes se desconocía, incluso era poco elegante quien la tuviese.

En medio del esplendoroso valle y resplandeciente paz poco a poco se consolidó una colonia británica receptora del número creciente de compatriotas que visitaban el área durante la temporada invernal. El auge de la comunidad británica en esos años fue decisivo para que el Puerto de la Cruz dejara de ser un simple y apacible puerto para convertirse en una urbe cosmopolita y turística. Se forjaron amistades de las que son para toda la vida y que heredaron sus hijos. Se trataban con afecto a esos curiosos extranjeros y eran a los que se conocen hoy en ciertos círculos como los ingleses de antes, *gentlemen* de verdad. También eran culturalmente muy educados, correctos, y necesitaban poco entretenimiento. Sin embargo, les faltaban un ingrediente que cualquier miembro de la civilización británica consideraba como vital para mantener viva su identidad cultural: un centro de ocio.

Por esta razón, no es de extrañar que algunos de esos primeros ingleses residentes en el lugar alquilaran unas habitaciones en lo alto de la farmacia del distinguido Ramón Gómez, situada en la Calle Santo Domingo, para fundar el *Guanche English Club*. Todo ocurría en 1896. Una mesa de billar y un salón de cartas era lo necesario inicialmente. A decir verdad, podía parecerse a una humilde versión de esos famosos clubes de Londres como el *Travellers* o el *Caledonian* donde los hombres, aún hoy, buscan escaparse de las delicias del complot femenino. Pero no tenía nada que ver. Las damas, como en otras antiguas colonias británicas esparcidas por el resto del mundo, también participaban, a pesar de la aceptación regañadiente de algunos. Allí formaron la *Orotava Musical and Dramatic Society*, la primera asociación teatral en Tenerife de lengua inglesa.

Pronto se dieron cuenta de la estrechez del espacio y decidieron emprender la búsqueda de algo más satisfactorio. En 1902, año que las tropas británicas pusieron fin a la guerra de los boers en Sudáfrica, empezó a tomar forma la idea de un club deportivo. Mientras, residentes como el capitán Hamilton Boyle, el reverendo Humphreys, el doctor Lisham, o señores como Wooley o

Osbert Ward, se reunían para jugar unos partidos en la Casa San Antonio, de la familia Boreham. Había una cancha de tenis de cemento y un césped para el *croquet*, un juego de alta sociedad que muchos confunden con el *cricket*, otro juego inventado por los ingleses, completamente diferente, y muy difícil de explicar sobre papel. Los mismos señores se reunieron de nuevo en *El Robado*, la magnífica mansión del coronel Wethered, con el vicecónsul Tomás Reid y el señor Gregory. Los jardines de esta casa, que por alguna razón hoy en día es una abominable ruina, eran amplios. En ellos también jugaban al *croquet* y al antiguo juego de bolos de una manera sumamente científica con intermedios civilizados para tomar el té y para disfrutar de sus *picnics*.

Cuatro años más tarde, en 1906, al crecer la popularidad de estas reuniones privadas y también la cantidad de visitantes que llegaban al Puerto de la Cruz, estos divertidos y excelentes ejemplos de la sociedad británica de reputación antigua decidieron alquilar los terrenos de la señora Cecilia Zamora, pagando la *enorme* suma de setecientos cincuenta pesetas de entonces al año. Son los mismos terrenos en donde permaneció hasta recientemente el Club Inglés desde su inauguración el 15 de noviembre de 1906 con el nombre del *Orotava Bowling and Recreation Club*. Los propietarios actuales heredaron estas tierras a finales de los años cincuenta del siglo pasado. El ser socio del club durante un año costaba la *excesiva* cantidad de treinta pesetas. Parece mucho, ¿verdad?

En 1907, los *gentlemen* que preferían el juego de bolos, al que jugaban de una forma meticulosa, casi desenvainaron sus sables cuando algunos de los socios más atrevidos tuvieron la impertinencia de sugerir que ante la ausencia de un auténtico campo de tenis, tal vez podrían jugarlo en el césped de los bolos. Fue el momento que los socios se plantearon dotar al club de unas espléndidas canchas de tenis, las cuales se inauguraron en 1924. Muy pronto se organizaron los primeros torneos entre clubes (el Hespérides de La Laguna y el propio Club Inglés de Santa Cruz). Al club se unieron más jóvenes y al llegar los vibrantes años veinte se puso de manifiesto la necesidad de incorporar algunos “entretenimientos” no exclusivamente deportivos y se organizaron estupendos bailes y otras actividades representativos de *la belle époque*, en sintonía con modernidad inofensiva de la época.

El club se legalizó en 1908 al registrarse como una sociedad nacional. Pero desgraciadamente empezaron a sonar las amenazas de la Primera Guerra Mundial, que junto con otros factores, influyeron decisivamente en el número de visitantes. Los buques de vapor, como el *Avocet* de la *Yeoward Line*, ya traían menos viajeros. Además, algunos de los socios más jóvenes como el señor Noel Reid, padre de uno de los autores de este artículo, que luego resultó gravemente herido en la batalla de Ypres, abandonaron la isla para dirigirse como voluntarios a la contienda. Años después, el estallido de la Guerra Civil Española y la Segunda Guerra Mundial no dejaron recuperar al club. La vida del club y el número de sus socios se vieron muy afectados. Aunque fue el espíritu británico lo que lo mantuvo en pie durante estas décadas difíciles, fue gracias a algunos socios españoles de las más distinguidas familias de la burguesía local lo que le dio vida deportiva. ¡Cómo les encantaba el *croquet*!. En cambio, el juego de bolos era tal vez demasiado inglés para ellos, tanto por arrodillarse como por las memorias del almirante Sir Francis Drake, a quién los españoles llaman pirata, por su puesto. Incluso muchos otros naturales se dirigían a él no a practicar algún deporte, sino para entablar profundas amistades con los *gentlemen*.

Pero después de la Segunda Guerra Mundial, el club recuperó su antiguo esplendor y se incorporaron nuevos socios isleños. De él salieron algunos de los mejores tenistas en la isla. Algunos de los antiguos socios ingleses lamentan que no se reconozca suficientemente a los socios españoles como consecuencia del cambio producido por el club desde los años setenta.

En su historia más reciente, el Club Inglés disfrutó de un ambiente bastante cosmopolita, aunque siempre sus miembros, en la medida que mayoritariamente eran británicos, mantuvieron sus costumbres semejante al estilo altamente colonial propio a de los que se respiraba en Calcuta o en Nairobi, por ejemplo.

El Club Inglés del Puerto de la Cruz siempre fue patrimonio de sus socios, los visitantes y en menor medida de lo curiosos, además de la lealtad y el cariño de sus administradores o empleados como Rosa y Nicolás; todos de forma voluntaria y desinteresada, siempre correspondieron con

generosidad a ese patrimonio deportivo-cultural. Había sobrevivido hasta ahora, protegido por sus jardines, las montañas y el Teide. Predominaba un alto nivel cultural y caballerosidad entre sus socios.

Pero en una época como la nuestra esto no es suficiente para seguir en la brecha y fue un misterio que Club Inglés no haya cerrado sus puertas antes. Las tierras que ocupaba son muy valiosas. Lo han sido durante muchos años y es normal y justo que los dueños hayan querido recuperar el tesoro, dado el bajo alquiler de la propiedad por parte de la institución, desde luego, muy inferior al que podía ser. Algunos de los dueños -por otro lado, también han participado generosamente en la vida diaria del club durante muchos años- podrían transformarlo en un magnífico y moderno club alternativo, lo que permitiría seguir conservando la mancha de verde vegetal que sobresale en el área, o transformarlo en una masa de cemento más, con la degradación paisajística que conlleva. Están en su derecho de hacer una u otra cosa, y estamos seguros que son conscientes de las necesidades del Puerto de la Cruz. Pero esperamos que para el Club Inglés esto sólo haya sido como una derrota deportiva y que muy pronto sus socios y la generosidad del destino faciliten el hallazgo de otro lugar, si el anterior fuera imposible, donde el legendario *British Games Club* pueda seguir haciendo historia y sus socios no solamente seguir jugando, sino también atraer a nuevos socios tanto nacionales como extranjeros.

El deseo de las autoridades es que el valle de La Orotava prospere en el futuro con la llegada de visitantes de alta calidad. No hay duda de que la existencia de un *Club Inglés* podría ser una pieza fundamental en el atractivo internacional del Puerto de la Cruz, como lo fue desde sus inicios al lado de la biblioteca inglesa y la iglesia anglicana en el Parque Taoro. No es difícil imaginar una magnífica relación entre el futuro puerto deportivo con yates y veleros procedentes de otras tierras y esos pilares de la comunidad inglesa aún en pie. En este sentido sería lógico pensar que las autoridades agradecerían la presencia de un renovado club, y que estarían encantados de echar una mano para encontrar una nueva ubicación para que el Club Inglés vuelva a recuperar ese espacio perdido y disfrute de una larga vida, con la certeza de que encajaría de forma decisiva en un modelo de turismo algo diferente.

John Reid y Nicolás Lemus